

JUAN PABLO II: PORTADOR DE ESPERANZA ANTE EL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO

John Paull II: Provider of hope in pain and suffering

Recibido: 6 de enero de 2014 / aprobado: 26 de agosto de 2014

*Carlos Alberto Rosas Jiménez**

Resumen

El Santo Papa Juan Pablo II centrado en la pregunta por el hombre y la defensa de su dignidad, se preocupó por dejar una sólida y significativa enseñanza sobre esta realidad del ser humano. Padeció el dolor y el sufrimiento en muchos momentos de su vida y, como filósofo, teólogo y pastor, manifestó esta gran preocupación en casi todas sus encíclicas, en las que buscó transmitir, a lo largo de su pontificado, la fe de la Iglesia católica y recogió las enseñanzas de la Sagrada Escritura y la Sagrada Tradición. A través de una revisión de las encíclicas que escribió, se ilustra cómo el Santo Padre evidencia, ante todo, un profundo interés de que el hombre de hoy se entienda principalmente a sí mismo y de esta manera, comprenda el dinamismo del dolor, para que, antes que desesperar en los momentos difíciles, viva la esperanza y pueda llenar de sentido su vida entera.

Palabras clave:

Dolor; sufrimiento; Juan Pablo II; encíclica; vida humana.

Forma de citar este artículo en APA:

Rosas Jiménez, C. A. (2015). Juan Pablo II: portador de esperanza ante el dolor y el sufrimiento. *Revista Perseitas*, 3 (1), pp. 66-82.

* Biólogo de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Filósofo de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia. Miembro de Sodalitium Christianae Vitae, Cali, Colombia, y profesor de ética en la Pontificia Universidad Javeriana, Cali, Colombia. Correo electrónico: rosasjcarlos@gmail.com

Abstract

Saint Pope John Paul II focused on the question about Man and the defense of his dignity, he made an effort to establish a solid and meaningful teaching on the reality of the human being. He knew pain and suffered in many moments of his life, and as a philosopher, theologian and pastor, showed his preoccupation in most of his encyclicals in which he tried to transmit, throughout his pontificate, the faith of the Catholic Church gathering the teaching of the Holy Scriptures and the Holy Tradition. Through a revision of the encyclicals that he wrote, we show how the Holy Father evidences, above all, a deep interest that the man of today understands himself and in this way, comprehends the dynamics of pain, in order to not despair in difficult times but live in hope and thus fill his life with meaning.

Keywords:

Pain, suffering; John Paul II; encyclicals; human life.

Introducción

El Santo Papa Juan Pablo II fue una persona que pasó por múltiples dificultades durante su vida y vivió en carne propia el dolor y el sufrimiento, perdió a su madre cuando era niño y a su hermano y a su padre cuando estaba muy joven, y padeció los rigores de las injusticias de la Segunda Guerra Mundial. El Papa sale al encuentro de un asunto que diariamente se preguntan y se han preguntado hombres y mujeres a lo largo de la historia y en todas las culturas, al que buscan encontrarle sentido desesperadamente. Efectivamente, el Papa Juan Pablo II no sólo escribió ese brillante documento, la *Salvifici doloris*, sino que, en su pontificado dejó consignadas sus ideas que dan abundante luz al respecto en varios documentos. En este trabajo se presentan los temas principales sobre el dolor y el sufrimiento que no deja de citar en 10 de las 14 encíclicas que escribió. De esta manera, se evidenciará su gran preocupación por transmitir la enseñanza de la Iglesia católica sobre el hombre mismo hasta convertirse en portador de esperanza en los momentos más difíciles marcados por el dolor y el sufrimiento.

El dolor hace parte de la existencia humana

La realidad del dolor es muy compleja y la medicina, desde sus inicios, ha buscado los medios no sólo para prevenir y curar enfermedades, sino para aliviar e incluso erradicar el dolor. Ejemplo de ello son las asociaciones interdisciplinarias que se han creado en diferentes países para dichos estudios, tales como la Asociación internacional para el estudio del dolor, la Sociedad española del dolor, la Asociación mexicana para el estudio y el tratamiento del dolor, la Asociación argentina para el estudio del dolor, la Asociación colombiana para el estudio del dolor, la Asociación chilena para el estudio del dolor y la Federación latinoamericana de asociaciones para el estudio del dolor, por mencionar algunas en países de habla hispana, a las que se suman la American Academy of Pain Medicine y la American Pain Society en los Estados Unidos de América, entre otras.

Para la Sociedad internacional dedicada a su estudio, es una experiencia desagradable, sensorial y emocional, asociada con una lesión real o potencial, que se describe como daño. Sin embargo, cuando el dolor se cronifica, supone para el enfermo, la familia y la parte de la comunidad más cercana, un importante elemento perturbador desde el punto de vista físico, moral, social y económico; pierde su sentido protector y se convierte en protagonista de la enfermedad que le dio origen o, al menos, en elemento básico y provoca un estado que se denomina sufrimiento que no se limita a una experiencia sensorial (Suardíaz, 2005).

Son abundantes las explicaciones sobre el dolor, desde los ámbitos de la medicina y la bioética¹; sin embargo, se pretende elucidar el origen del problema del dolor, desde el punto de vista teológico, como lo explica San Juan Pablo II en sus encíclicas.

Partiendo del hecho de que Dios es bueno por su propia naturaleza, podemos decir con el Papa que “la concepción de Dios, como ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones o heridas” (Juan Pablo II, 1986, n. 39). Sin embargo, como mencionan los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla (1979a):

El hombre, ya desde el comienzo, rechazó el amor de su Dios. No tuvo interés por la comunión con Él. Quiso construir un reino en este mundo prescindiendo de Dios. En vez de adorar al Dios verdadero, adoró ídolos: las obras de sus manos, las cosas del mundo; se adoró a sí mismo. Por eso, el hombre se desgarró interiormente. Entraron en el mundo el mal, la muerte y la violencia, el odio y el miedo. Se destruyó la convivencia fraterna. Roto así por el pecado el eje primordial que sujeta al hombre al dominio amoroso del Padre, brotaron todas las esclavitudes (n. 185-186).

¹ Ver Molina, J. (2011). El sufrimiento humano como experiencia personal y profesional. *Bioética* Mayo-agosto, 4-9. Orellana, C. (2007). La actitud médica ante el dolor ajeno. *Persona y bioética*, 11 (2), 146-155. Martínez, D.M. (2006). El manejo del dolor; aspectos bioéticos. *Revista digital universitaria. Universidad Autónoma de México*, 7 (4), 2-7. Salazar, R. (2009). Humanización y bioética en la medicina del dolor y el cuidado paliativo, las malas noticias frente al paciente y a su familia. En: Dolor y cáncer. Asociación colombiana para el estudio del dolor, Bogotá. p. 243-250. Sánchez, B. (2003). Abordajes teóricos para comprender el dolor humano. *Aquichan*, 3 (3), 32-41. Soler, E. y Montaner, C. (2004). Consideraciones bioéticas en el tratamiento del dolor. *Persona y bioética*, 20-21, 49-64, entre otros.

Por el pecado entró el dolor en el mundo y es por eso que hoy vemos al hombre sumergido en “tanto horror y tanto sufrimiento” (Juan Pablo II, 1988, n. 24), y poco a poco se ha ido constituyendo una sociedad que presenta un «vasto panorama de dolor y sufrimiento (n. 6)².

Todas esas esclavitudes de las que hablan los obispos en Puebla tienen diferentes rostros en el hombre concreto. Los gestos y los símbolos de las distintas tradiciones y costumbres culturales y populares se convierten en momentos y formas de encuentro con las que, en los diversos países y culturas, se manifiestan el cuidado del que sufre o está necesitado, la cercanía al anciano o al moribundo y la participación del dolor de quien está de luto (Juan Pablo II, 1995, n. 85).

El ser humano no sólo ha logrado compartir su dolor sino que se ha planteado el interrogante sobre el origen y el fin del dolor, que hoy como ayer, dice el Papa Juan Pablo II, conmueve íntimamente los corazones³. Se hace necesario un gran esfuerzo en la formación integral de la persona. El Papa sugiere, por tanto, que la labor educativa debe tener en cuenta también el sufrimiento y la muerte, y se debe ayudar a cada uno a comprender, en la realidad concreta y difícil, su misterio profundo (1995, p. 97); nos invita también a revisar el concepto de desarrollo porque se limita a satisfacer los deseos materiales mediante el crecimiento de los bienes, sin prestar atención al sufrimiento (Juan Pablo II, 1988, n. 10).

² Juan Pablo II agrega en su encíclica *Laborem Exercens* (1981): “Pero nacen también temores y amenazas relacionadas con esta dimensión fundamental de la existencia humana, de la que la vida del hombre está hecha cada día, de la que deriva la propia dignidad específica y en la que a la vez está contenida la medida incesante de la fatiga humana, del sufrimiento y también del daño y de la injusticia que invaden profundamente la vida social dentro de cada Nación y a escala internacional” (n. 1).

³ En su encíclica *Veritatis Splendor* (1993) también añadió los interrogantes que conmueven al hombre: “los enigmas recónditos de la condición humana que, hoy como ayer, conmueven íntimamente los corazones: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y el fin de nuestra vida? ¿Qué es el bien y qué el pecado? ¿Cuál es el origen y el fin del dolor? ¿Cuál es el camino para conseguir la verdadera felicidad? ¿Qué es la muerte, el juicio y la retribución después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, ese misterio último e inefable que abarca nuestra existencia, del que procedemos y hacia el que nos dirigimos?” (n. 30).

La experiencia de dolor intenso y prolongado genera en el hombre un sentimiento de angustia e, incluso, de desesperación. Desde el punto de vista psicológico, hay quienes hablan de un itinerario con unas etapas bien definidas por las que atraviesa el paciente (Kübler-Ross, 2005); desde el punto de vista teológico, el Papa señala el caso “emblemático” de los apóstoles,

Quienes durante la vida pública del Maestro, no obstante su amor por él y la generosidad de la respuesta a su llamada, se mostraron incapaces de comprender sus palabras y fueron reacios a seguirle en el camino del sufrimiento y de la humillación (Juan Pablo II, 1990, n. 87).

Los apóstoles también flaquearon ya que “el problema del dolor acosa sobre todo a la fe y la pone a prueba (Juan Pablo II, 1995, n. 31).

El enfermo, abatido por su propia fragilidad, se somete a una dura prueba para el equilibrio, a veces ya inestable, de la vida familiar y personal (1995, n. 15), “no ve en el sufrimiento ningún significado o valor, y es más, lo considera el mal por excelencia, que debe eliminar a toda costa”⁴. Al verse en un callejón sin salida, en un contexto social y cultural que hace más difícil afrontar y soportar el sufrimiento, se agudiza la tentación de resolver el problema del sufrimiento, buscando eliminarlo de raíz, anticipando la muerte en el momento considerado como más oportuno⁵ (1995, n. 15).

Con este panorama se inicia un realce de la muerte como la solución para este problema. Sin embargo, lo paradójico es que la muerte, considerada absurda cuando interrumpe por sorpresa una vida todavía abierta a un futuro rico de posibles experiencias interesantes, se convierte, en este contexto del dolor

⁴ El Santo Padre insiste más adelante en la misma encíclica en este tema (1995): «En efecto, cuando prevalece la tendencia a apreciar la vida sólo en la medida en que da placer y bienestar, el sufrimiento aparece como una amenaza insostenible, de la que es preciso librarse a toda costa» (n. 64).

⁵ El Papa Juan Pablo II agrega que: “En semejante contexto el sufrimiento, elemento inevitable de la existencia humana, aunque también factor de posible crecimiento personal, es «censurado», rechazado como inútil, más aún, combatido como mal que debe evitarse siempre y de cualquier modo. Cuando no es posible evitarlo y la perspectiva de un bienestar al menos futuro se desvanece, entonces parece que la vida ha perdido ya todo sentido y aumenta en el hombre la tentación de reivindicar el derecho a su supresión” (1995, n. 23); y añade que “las opciones contra la vida proceden, a veces, de situaciones difíciles o incluso dramáticas de profundo sufrimiento, soledad, falta total de perspectivas económicas, depresión y angustia por el futuro” (1995, n. 18).

y sufrimiento, en una «liberación reivindicada» cuando se considera que la existencia ya no tiene ningún sentido por estar sumergida en el dolor e inexorablemente condenada a un sufrimiento posterior más agudo (1995, n. 64).

El Papa Wojtyla sostiene que encontramos una trágica expresión de todo esto en la difusión de la eutanasia⁶, encubierta y subrepticia, practicada abiertamente o incluso legalizada y resalta que más que por una presunta piedad ante el dolor del paciente, es justificada a veces por razones utilitarias para evitar gastos innecesarios demasiado costosos para la sociedad (1995, n. 15).

La Iglesia católica ante el dolor y el sufrimiento humano

La Iglesia católica ha dedicado tiempo y esfuerzo por aclarar la situación de dolor y sufrimiento del hombre; filósofos y teólogos, incluidos los pastores, han aportado en esta reflexión. La Iglesia ofrece no sólo la doctrina social y, en general, sus enseñanzas sobre la persona redimida por Cristo, sino también su compromiso concreto de ayuda para combatir la marginación y el sufrimiento (Juan Pablo II, 1991, n. 26). Busca dejar claro también que la ciencia puede y debe estar al servicio del hombre, puesto que mediante sistemas y aparatos extremadamente sofisticados, la ciencia y la práctica médica son capaces no sólo de resolver casos antes sin solución y de mitigar o eliminar el dolor, sino también de sostener y prolongar la vida, incluso en situaciones de extrema debilidad (Juan Pablo II, 1995, n. 64).

El Papa Juan Pablo II aclara que en el ámbito de la medicina moderna han cobrado auge los llamados cuidados paliativos, destinados a hacer más soportable el sufrimiento en la fase final de la enfermedad y, al mismo tiempo, asegurar al paciente un adecuado acompañamiento humano. Recuerda, además, que el Papa Pío XII afirmó que es lícito suprimir el dolor por medio de narcóticos, a pesar de tener como consecuencia limitar la conciencia y abreviar la vida, si no hay otros medios y si, en tales circunstancias, ello no impide el cumplimiento de otros deberes religiosos y morales (1995, n. 65).

⁶ El Santo Padre recuerda el significado de la eutanasia: “Por **eutanasia** en sentido verdadero y propio se debe entender una acción o una omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor” (1995, 65a).

Esta preocupación por el que sufre y por el más necesitado ha estado presente en la Iglesia católica desde sus inicios. Hoy, por ejemplo, la Iglesia se muestra cercana a aquellos esposos que, con gran ansia y sufrimiento, acogen a sus hijos gravemente afectados de incapacidades, así como agradece a todas las familias que, por medio de la adopción, amparan a quienes han sido abandonados por sus padres, debido a formas de minusvalidez o enfermedades (1995, n. 63). Por otro lado, el Santo Padre afirma que se deben poner en práctica formas discretas y eficaces de acompañamiento de la vida naciente, con una especial cercanía a aquellas madres que, incluso sin el apoyo del padre, no tienen miedo de traer al mundo su hijo y educarlo, así como debe prestarse una atención análoga a la vida que se encuentra en la marginación o en el sufrimiento, especialmente en sus fases finales (1995, n. 87).

La Iglesia busca salir al encuentro de la realidad del dolor en la vida del hombre, pero, para comprenderla mejor, necesita la cooperación de todos. Es por ello que el Santo Papa en su encíclica *Evangelium vitae*, sostiene que pertenece a la misión educativa de los padres enseñar y testimoniar a los hijos el verdadero sentido del sufrimiento y de la muerte y añade que podrán llevar a cabo esta tarea en la medida en que estén atentos a cada sufrimiento que encuentren a su alrededor y, principalmente, si saben desarrollar actitudes de cercanía, asistencia y participación hacia los enfermos y ancianos dentro del ámbito familiar (1995, n. 92). También hace un llamado a los entes sanitarios, tales como clínicas, hospitales y casas de salud, cuya función debe revisarse, ya que:

Su verdadera identidad no es sólo la de estructuras en las que se atiende a los enfermos y moribundos, sino ante todo la de ambientes en los que el sufrimiento, el dolor y la muerte son considerados e interpretados en su significado humano y específicamente cristiano. De modo especial esta identidad debe ser clara y eficaz en los institutos regidos por religiosos o relacionados de alguna manera con la Iglesia (1995, n. 88).

El dolor tiene sentido

Múltiples caminos se podrían recorrer para encontrar el sentido del dolor y del sufrimiento humano; sin embargo, el camino de la fe es aquel que puede dar abundantes luces y cimientos sólidos para comprender mejor dicha realidad. El Papa dice que la luz de la fe no sólo ayuda a encontrar soluciones sino que hace humanamente soportables, incluso las situaciones de sufrimiento, para que el hombre no se pierda en ellas y no olvide su dignidad y vocación (Juan Pablo II, 1991, n. 59). Desde lo profundo de su dolor, el hombre puede detenerse a contemplar la obra de Dios en la formación milagrosa de su cuerpo en el seno materno y encontrar en ello un motivo de confianza y manifestación de la certeza de la existencia de un proyecto divino sobre su vida (Juan Pablo II, 1995, n. 44).

Con esta visión de fe se lee para comprender la Sagrada Escritura, que alude a un Padre que siente compasión por el hombre y comprende su dolor y, en definitiva, este inescrutable e indecible dolor de padre engendrará, sobre todo, la admirable economía del amor redentor en Jesucristo (Juan Pablo II, 1986, n. 39).

Cuando el hombre dirige su peregrinar terreno por el camino de la fe, encuentra el horizonte de su propia salvación, realizada por Cristo a través del sufrimiento y de su muerte de cruz (Juan Pablo II, 1981, n. 27). El Papa busca que se entienda que la salvación ha venido por medio del sufrimiento: “Se tiene así una nueva humanidad, que en Jesucristo por medio del sufrimiento de la cruz ha vuelto al amor, traicionado por Adán con su pecado” (Juan Pablo II, 1986, p. 40); y recuerda que a Cristo, en cuanto hombre que sufre realmente y de modo terrible en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, que se dirige al Padre, a aquel Padre, cuyo amor ha predicado a los hombres, cuya misericordia ha testimoniado con todas sus obras, no le es ahorrado el tremendo sufrimiento de la muerte en cruz (Juan Pablo II, 1980, n. 7).

No hay que olvidar que en Cristo el sufrimiento iba más allá del sufrimiento físico en la cruz. Dice el Papa que en Cristo sufre Dios rechazado por la propia criatura: “No creen en mí” (Juan Pablo II, 1986, n. 41). Justamente, en la víspe-

ra de su pasión, el Señor Jesús habla del pecado de los que “no creen en él”. En estas palabras tuyas, llenas de dolor, hay un eco lejano de aquel pecado, que en su forma originaria se inserta oscuramente en el misterio mismo de la creación (1986, n. 33). En este punto de la reflexión se hace la siguiente pregunta: si Dios mismo hecho hombre—que no sólo ha asumido el dolor sino un gran sufrimiento—(1986, n. 16), ha optado por él ¿cómo podemos decir nosotros que el dolor no tiene sentido?

Esta transformación del dolor y el sufrimiento en nuestra propia salvación es posible gracias a la acción del Espíritu Santo. Si el pecado ha engendrado el sufrimiento, el dolor de Dios en Cristo crucificado recibe su plena expresión humana por medio del Espíritu Santo (1986, n. 41), quien actuó de manera especial en esta autodonación absoluta del Hijo del hombre para transformar el sufrimiento en amor redentor (1986, n. 40). Es el Espíritu de la verdad el que permite que la conciencia humana participe en aquel dolor, y es así como el sufrimiento de la conciencia es particularmente profundo y también salvífico (1986, n. 45)⁷.

El dolor vivido en Cristo marca un sendero en la vida cotidiana

El Papa Juan Pablo II en su encíclica *Evangelium vitae* expone que el sufrimiento de la vida del hombre, comprendido a la luz del misterio de la vida de Cristo, llega a ser fuente de bien y nos inserta más profundamente en su misión salvadora en favor de toda la Iglesia. Dice el Papa:

Vivir para el Señor significa también reconocer que el sufrimiento, aun siendo en sí mismo un mal y una prueba, puede siempre llegar a ser fuente de bien. Llega a serlo si se vive con amor y por amor, participando, por don gratuito de Dios y por libre decisión personal, en el sufrimiento mismo de Cristo crucificado. De este modo, quien vive su sufrimiento en el Señor se configura más plenamente a Él y se asocia más íntimamente a su obra redentora en favor de la Iglesia y de la humanidad. Esta es la experiencia del Apóstol, que toda persona que sufre está también llamada a revivir: “Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24) (Juan Pablo II, 1995, n. 67).

⁷ El Santo Padre precisa que “en el amor recibido y dado [...] incluso el sufrimiento y la muerte tienen un sentido y, aun permaneciendo el misterio que los envuelve, pueden llegar a ser acontecimientos de salvación” (1995, n. 81).

Los miembros del cuerpo místico de Cristo participamos de su sacrificio, cuando el sufrimiento es aceptado y ofrecido a Dios con amor, porque es Cristo mismo quien nos llama (Juan Pablo II, 1990, n. 78). En efecto, Cristo nos habla. El Santo Padre enunciaba en su primera encíclica que es Él, el Hijo de Dios vivo, quien habla a los hombres también como Hombre; que es su misma vida la que habla, su humanidad, su fidelidad a la verdad, su amor que abarca a todos y habla además su muerte en Cruz, esto es, la insondable profundidad de su sufrimiento y de su abandono (Juan Pablo II, 1979b, n. 7).

El contenido de la vida cotidiana de la Iglesia lo constituyen, por tanto, la muerte en Cruz y Resurrección de Cristo (1979, 7b). De esta manera, el dolor unido al trabajo señala el camino de la vida humana sobre la tierra (Juan Pablo II, 1981, n. 27). Es allí, dice el Santo Padre, cuando se soporta la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, donde el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad; se muestra así como verdadero discípulo de Jesús y lleva la cruz de cada día en la actividad a la que ha sido llamado a realizar (1981, n. 27).

De acuerdo con lo mencionado por el Papa en su encíclica *Centesimus annus* (1991), si se une el propio sufrimiento por la verdad y por la libertad al de Cristo en la cruz, el hombre puede también hacer el milagro de la paz y ponerse en condiciones de acertar con el sendero a veces estrecho entre la mezquindad que cede al mal y la violencia que, creyendo ilusoriamente combatirlo, lo agrava (n. 25). Este sendero que tenemos que recorrer no es, de ninguna manera, el sendero ancho porque el Espíritu dice a través del escritor sagrado: “mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran” (Mt 7, 14). Es estrecho el camino porque no faltan las situaciones de particular pobreza, angustia o exasperación, en las que la prueba de la supervivencia, el dolor hasta el límite de lo soportable y las violencias sufridas, hacen que las opciones por la defensa y promoción de la vida sean exigentes, a veces incluso, hasta el heroísmo (Juan Pablo II, 1995, n. 11).

El dolor humano tiene potencialmente una carga positiva, por ello “puede ser digno de elogio quien acepta voluntariamente sufrir renunciando a tratamientos contra el dolor para conservar la plena lucidez y participar, si es creyente, de manera consciente en la pasión del Señor” (1995, n. 65).

No obstante, para ahondar en la experiencia del dolor y el sufrimiento también es necesario acudir a la oración. Ante un momento difícil, un accidente o una enfermedad, muchas personas aconsejan rezar o tener momentos de meditación y reflexión sobre la situación en la que se encuentran. El Papa dice que la familia celebra el Evangelio de la vida con la oración cotidiana, individual y familiar: con ella alaba y da gracias al Señor por el don de la vida e implora luz y fuerza para afrontar los momentos de dificultad y de sufrimiento, sin perder nunca la esperanza (1995, n. 93).

A la oración, es necesario unir el sacrificio, dice el Santo Padre, y por eso recomienda a quienes ejercen su ministerio pastoral entre los enfermos, que los instruyan sobre el valor del sufrimiento, animándoles a ofrecerlo a Dios por los misioneros; pues, con tal ofrecimiento, los enfermos se hacen también misioneros (Juan Pablo II, 1990, n. 78).

La liturgia también tiene una relación con el sufrimiento, pues en la medida en que se enriquece, gracias a un nuevo y genuino descubrimiento del significado de los ritos y a su adecuada valoración, las celebraciones litúrgicas, sobre todo las sacramentales, serán capaces de expresar la verdad plena, entre otras cosas, sobre el sufrimiento y la muerte para ayudar a vivir estas realidades como participación en el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado (Juan Pablo II, 1995, n. 84).

El dolor en la entrega generosa

El dolor y el sufrimiento están inmersos en el dinamismo de encuentro y de comunión del hombre, pues, como dice el Papa, tienen un sentido y un valor cuando se viven en estrecha relación con el amor recibido y entregado (Juan Pablo II, 1995, cfr. 97d y 81d). Volviendo la mirada al Señor Jesús se ve que con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo está presente

en el mundo en el que vivimos el amor, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad; amor que se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la condición humana histórica, que, de distintos modos, manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física o moral (Juan Pablo II, 1980, n. 3).

Sostiene el Papa que la verdadera compasión nos hace solidarios con el dolor de los demás (Juan Pablo II, 1995, n. 66). La compasión es ese amor de Cristo que se ha mencionado y está motivada por el mismo Cristo quien nos recuerda qué hacer, pidiendo ser amado y servido en los hermanos probados por cualquier tipo de sufrimiento: hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, encarcelados; todo lo que se hace a uno de ellos se hace a Cristo mismo (Mt 25, 31-46) (1995, n. 43).

El amor verdadero se prueba no sólo cuando linda con el sufrimiento, sino cuando las experiencias dolorosas están insertadas en la entrega generosa, cuando la entrega cuesta: “En el hombre la misericordia implica dolor y compasión por las miserias del prójimo” (Juan Pablo II, 1986, n. 39). Pero, asumir el dolor no es ni una carga imposible de cargar ni una experiencia tortuosa para el hombre, pues, el Papa Juan Pablo II explica magistralmente que el deseo que brota del corazón del hombre ante el supremo encuentro con el sufrimiento y la muerte, especialmente cuando siente la tentación de caer en la desesperación y casi de abatirse en ella, es sobre todo aspiración de compañía, de solidaridad y de apoyo en la prueba, es petición de ayuda para seguir esperando, cuando todas las esperanzas humanas se desvanecen (Juan Pablo II, 1995, n. 67). Es la cercanía con Cristo y el deseo de vivir como Él y en Él, lo que suscita ese ardiente deseo muy profundo de querer compartir sus sufrimientos, de compartir su misma muerte, “porque ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo; si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que ya vivamos ya muramos del Señor somos” (Rm 14, 7-8).

Sufrió el hijo, sufrió la madre

Para quien se descubre hijo de una madre y se deja tocar por esta realidad en lo profundo de su corazón, le es más fácil entender que aunque una madre no sufra físicamente sufre al ver sufrir a sus hijos. Ya se ha citado el sufrimiento de Jesús, y su madre María, que estuvo siempre muy unida a Él, tuvo que vivir su maternidad desde el signo del sufrimiento (Juan Pablo II, 1995, n. 103). Ella muy bien lo sabía y aquel anuncio de Simeón parece como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la que el hijo cumplirá su misión, es decir, en la incomprensión y en el dolor (Juan Pablo II, 1987, n. 16). El Papa dice que si, por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro, le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa (1987, n. 16).

No sólo es el Señor Jesús, el mismo Dios hecho carne, quien señala que el camino de la santidad es el camino de la Cruz, sino que ahora es su madre. Parecería injusto pensar que el hijo de Dios, quien habiendo sufrido tanto, hiciera sufrir a su madre, a quien, como dice el Papa, dejaba con tan grande dolor (1987, n. 23); sin embargo, al meditar detalladamente en toda la vida de María, se convierte ella misma, toda su persona, en el testimonio más eximio y en la corroboración más clara de que el camino para alcanzar nuestra reconciliación es vivir en Cristo, asumiendo el horizonte esperanzador de la Comunión divina de amor, pero también la dimensión de abajamiento a lo largo del camino al Calvario, hasta morir como Cristo en la cruz, para luego resucitar a una nueva vida.

Conclusiones

El hecho de que el Papa Juan Pablo II haya dedicado un documento pontificio, la carta apostólica *Salvifici doloris*, para hablar exclusivamente sobre el tema del dolor, demuestra su preocupación por ayudar a sentar las bases de la reflexión. En este trabajo se ha querido evidenciar que, además de este documento, en diez de sus catorce encíclicas estuvo presente esta intención por hacer aportes en esta línea. El Santo Padre manifiesta su preocupación

por el ser humano, para que el hombre de hoy se entienda a sí mismo y de esta manera entienda el dinamismo del dolor y para que no sólo no se desespere en esos momentos difíciles, sino que encuentre la posibilidad de participar de la misión reconciliadora del Señor Jesús y llenar su vida entera de sentido.

Las palabras del Santo Padre están teñidas de esperanza, pareciera que en todo momento nos exhortara a que, aunque en algunos momentos digamos como el Señor Jesús en el Huerto de los Olivos: “¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparte de mí esta copa” (Mc 14, 36), logremos terminar la frase con el mismo Señor Jesús, diciendo: “pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc 14, 36), para cosechar los frutos de esta respuesta como los cosechó el Señor. No será un camino fácil y como dice la carta a los Hebreos: “Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido” (Hb 10, 36).

La tribulación siempre se tratará de una experiencia personal. Por ello, está la necesidad de conocernos muy bien a nosotros mismos. Nunca nadie podrá hacer que sufra o padezca exactamente lo que otra persona padece; y de esta manera, los frutos que se puedan obtener estarán de acuerdo con la actitud con la que cada uno asuma la experiencia del dolor, ya que en cada caso se producirán resonancias internas y personalizadas (Figari, 2005). Sin embargo, paralela a esta experiencia personal, el Papa siempre se preocupó por destacar la dimensión eclesial del sufrimiento, no sólo como comunidad de bautizados acá en la Tierra, sino como parte del cuerpo cuya cabeza es Cristo.

Juan Pablo II abre un horizonte hacia la comprensión del sentido que tienen el dolor y el sufrimiento para la Iglesia católica, sobre todo en la repercusión que tiene para nuestra lucha por la santidad, porque es muy estrecha la relación entre el sufrimiento y el combate espiritual. La insistencia en la oración y en la intercesión de la Virgen María son elementos fundamentales en este caminar. En efecto, el dolor más profundo es el dolor de la lucha espiritual,

pues “ocurre que en no pocos casos la persona experimenta mayor dificultad para asumir esa lucha, y por ello las resonancias del dolor y lo que implica se agitan en su interior con mayor intensidad” (Figari, 2005, p. 17). Por esta razón, aprender a sobrellevar y comprender el sentido del dolor físico, ayuda a forjar una actitud para asumir con radicalidad y fortaleza las exigencias que se presentan en nuestro combate espiritual, en nuestra lucha contra el hombre viejo y en la búsqueda de la santidad. De esta manera, quien se conoce y sabe que su objetivo final es la santidad, comprenderá el valor real del sufrimiento, lo que transmitió San Juan Pablo II con sus enseñanzas y con el testimonio de su vida misma, especialmente en sus últimos años de vida.

Referencias

- Figari, L. F. (2005). *Dolor y alegría. Reflexiones de Viernes Santo*. Lima: Editorial Vida y Espiritualidad.
- Juan Pablo II. (1979). *Redemptor Hominis*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1980). *Dives in Misericordia*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1981). *Laborem Exercens*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1986). *Dominum et Vivificantem*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1987). *Redemptoris Mater*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1988). *Sollicitudo Rei Socialis*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1990). *Redemptoris Missio*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1991). *Centesimus Annus*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1993). *Veritatis Splendor*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1995). *Evangelium Vitae*. Bogotá: Ediciones Paulinas.

Kübler-Ross (2005). En: Suardiáz J. (2005) Aspectos bioéticos y antropológicos del dolor, sufrimiento y la muerte. (5). (3). Recuperado de: www.cbioetica.org

Tercera Conferencia Episcopal de Obispos Latinoamericanos. (1979a). Puebla. Bogotá: Ediciones Paulinas.

Suardiáz J. (2005) *Aspectos bioéticos y antropológicos del dolor, sufrimiento y la muerte.* (5). (3). Recuperado de: www.cbioetica.org